



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO
DE VILLENA

Mujeres de sexo y noche

Nagai Kafú (1879-1959) es en el Japón un clásico contemporáneo aureolado de una cierta mala fama personal. Fama de libertino, de hombre que amaba los *barrios de placer* —como Ginza de Tokio— y que pasó su vida entre la escritura, refinada, y muchas mujeres dedicadas al amor, en diferentes casas, incluso en esas que se llaman *machiai* y que son lugares donde se alquilan salones o habitaciones generalmente para el erotismo. Dos buenas novelas de Kafú acaban de ser traducidas al español, por vez primera desde el japonés, con un muy informativo prólogo de **Carlos Rubio** que se ha

vuelto, por méritos, la cabeza visible de nuestra *niponología*. El libro —editado cuidadosamente por Satori, de Gijón— toma el título de una de las dos novelas que contiene, acaso la mejor, *Una extraña historia al este del río* (1937). La historia de un escritor —alter ego del propio Kafú— que escribe una historia (cuyos fragmentos tenemos ocasión de leer) al tiempo que desarrolla su pasión peculiar por Yuki-ko, una cortesana singular y algo misteriosa...

Me dirán que hablo del mundo de la prostitución. Es y no es cierto. En las novelas no hay escenas pornográficas ni tan siquiera abiertamente eróticas, sólo guiños o reflejos. Pero todo sucede, eso sí, en lo que se llamó en el Japón antiguo *barrios de licencia*, es decir lugares de sexo y bebida, *gheisas* y actores de kabuki, siempre fuera de la estricta moral confuciana.

Nagai Kafú era un hombre de buena familia y que había vivido, en su juventud, en Estados Unidos y en Francia, pero le atrajo ese Japón de Edo (el nombre antiguo de Tokio) aún visible en su época. Y sobre todo le atrajo ese mundo refinado o vulgar que vive cotidianamente para el placer y que llega a ser un universo pa-

ralelo al burgués, un orbe distinto pero lleno de intrigas y de pasiones propias. Recordemos además que el mundo de las *gheisas* y de las camareras de ciertos locales, con mujeres a veces no sólo sabias en su oficio sino muy refinadas en su vida, nos ha de recordar más al de las grandes heteras de la Grecia antigua, que a la prostitución callejera de Occidente, siempre mala y distinta de quienes escogen ese oficio.

De todo ello habla Kafú con hondura y delicadeza. Es posible que parte de su mala fama personal de libertino o decadente radique en una teoría noble. Un hombre que como él ama el placer de las mujeres y su entorno no puede casarse, porque engañaría. Ni siquiera puede tener una amante fija (muchas *gheisas* tenían su *danna* o protector) porque la engañaría también. Él ama tanto a las mujeres de placer, su mundo, sus intrigas, sus relaciones, que no puede ser sino promiscuo, pero —a diferencia de un Don Juan— siendo amigo o consejero de muchas ex amantes de las que, además, va a sacar también la materia —no poco sutil— de su escritura. No estamos ante un mundo vulgar sino ante el mundo paralelo y digno de la noche y el sexo. Japón distinto.